

# Respuesta al Discurso de Recepción del Señor Don Moisés Vincenzi en la Academia Costarricense de la Lengua

Por Roberto Brenes Mesén

Habéis hecho, en breve, el elogio de vuestro predecesor en esta asamblea que con satisfacción os mira llegar a su seno, porque sois fuerte y osado: desde muy temprano pusisteis las energías de vuestra aventurera sangre italiana a servir el empeño de escalar algunos de las más enhiestos promontorios del pensamiento. De Zarathustra adquiristeis agilidad para moveros sin vértigo entre los ventisqueros de la abstracción filosófica, en donde habréis podido encontrar camaradas, aquí y allá, diseminados a largos trechos, porque no son abundantes los cazadores de águilas; si bien las gentes de los valles os admirarán preguntándose quizá, qué clase de herbolario sois que para extraer vuestras esencias sólo buscáis las solitarias plantas de las cumbres. Y del metafísico de Koenigsberg obtuvisteis el respeto idolátrico de la razón y la búsqueda de las categorías.

Verdad es que habéis escrito novelas; pero vos mismo las habéis juzgado. Ellas no miden vuestro talento ni vuestro saber hacer. Y verdad es también que más de una vez habéis ensayado sobre la crítica literaria. Mas parece muy claramente a quien recorre vuestros libros sin interrupción que los problemas que os intrigan y seducen se relacionan con la epistemología, la estética y la moral. Lo cual no excluye vuestro interés por otras cuestiones tan atrayentes como aquéllas.

Entre ellas la Gramática ha sido objeto de vuestra atención, como acabáis de hacérselo ver en el elogio de vuestro antecesor.



Se os debe el haber subrayado vos, el primero en vuestra generación, la trascendencia y relativa importancia de los estudios gramaticales en el país. A los cuales se dió principio con los *Ejercicios Gramaticales* de nuestro estimadísimo colega y amigo Lic. don Alberto Brenes Córdoba. Con este libro se inició el estudio de la lengua nacional. Fue a fines de la década de los ochenta en que se publicaron tantos estudios de índole semejante en el Continente. La lengua se estudiaba con el nobilísimo empeño de corregir los llamados provincialismos y barbarismos de nuestra vernácula manera de expresar nuestro sentir y nuestro pensamiento. Seguíanse los métodos es-

pañoles, sin darse cuenta de que ya no éramos provincias, y de que estaba fuera de su lugar el empleo del término provincialismo.

Vino luego el *Diccionario* del Profesor Gagini, por el estilo del publicado por Zorobabel Rodríguez pocos años antes en Chile. En ninguno de estos trabajos aparecía el espíritu científico. Se coleccionaban las palabras mal dichas, mal pronunciadas o las que no se registraban en el *Diccionario* de la Academia con un propósito magisterial de corrección de la lengua; pero sin ánimo de explicación histórica o fonética o etimológica.

Se sucedieron en los últimos años del siglo pasado los libros

destinados a las escuelas: vocabularios, ejercicios para dictados y gramaticales elementales, sin otro fin que el de dotar a nuestras escuelas de textos imitados de los franceses que por aquella misma época aparecían en París.

A vos cabe la distinción de haber reconocido que la publicación de la *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana* en 1905 señala el punto de partida de los estudios científicos acerca de nuestro idioma. Esa es la misma fecha de la publicación de la *Gramática Histórica* de Menéndez Pidal que dió principio a esos mismos estudios en España.

Luego habéis situado la obra de vuestro predecesor y habéis tratado de hacerle justicia. Por demás parecerá, pues, que os siga en ese dirección. Ni sería bien que os siguiese en vuestro elogio de la Lengua Castellana, cuando hay asunto más importante a que referirme: vuestros libros

Con frecuencia habéis usado la forma fragmentaria y la aforística. De allí que no todos vuestros lectores hayan podido seguir con facilidad vuestro pensamiento.

Fragmentos son las máximas de Epicteto y las de La Rochefoucauld. Pero de una particular manera. En Epicteto vemos al hombre vigoroso, seguro de sí mismo, de la energía de su voluntad que nos inspira fe en el hombre y en su destino, hombre siempre a pesar de las contrariedades de la vida. En las *Reflexiones o sentencias y máximas morales* de La Rochefoucauld podemos penetrar en un estado social a través de un entendimiento preclaro, si bien sombreado por una melancolía al atardecer de sus años, cuando cansado de la política y, quizás, de sus amistades amorosas, se alberga en la perfecta amistad de la señora de La Fayette. Pero ambos fragmentarios, tan diferentes entre sí, son moralistas cuya concepción del mundo social en que vivieron aparecen como unidad. Los *Pensamientos* de Pascal son las esparcidas grandes piedras labradas al fuego para un monumento que no llegó a construirse: la *Apología del Cristianismo*. Labrábanse al fuego de una piedad creciente. En algunos de sus más bellos pensamientos dice Pascal que lo escribió entre dos arrodillamientos de oración. Pero iba a un fin preciso, si no claramente expues-

to, a pesar de que sopla a través de ellos un huracán de espíritu que los eleva a mejestuosa altura.

Mas el fragmentario por excelencia, durante el siglo diecinueve, es sin duda alguna, el hijo desconocido de Fausto y de Margarita que Mefistófeles se llevó de la mano un día a su maravillosa escuela, no de primeras, sino de postreras letras; aquéllas donde se aprende a pensar de atrás para adelante, a fin de comprender el sentido trascendente de una doctrina, lo mismo que de una civilización: ya habréis sentido que me refiero a Nietzsche, a quien seguramente pagáis deuda de gratitud por haber contribuido a despertar en vos la vocación.

Este fragmentario es de especial naturaleza: éste es intermitente geisero que se desborda.

Este Zarathustra extraño os enseñó a mirar cara a cara las ideas. El, directa o indirectamente, os hizo encariñaros con lo que llamasteis luego Crítica Trascendente. Una especie de retorno, si me lo permitís, a los sabrosos días de Taine en su *Historia de la Literatura Inglesa*, la cual, por otra parte, nos lleva a los intensos capítulos de la *Historia de la Civilización de Inglaterra* de Buckle; en las cuales no faltan ni la substancia filosófica, ni la penetración psicológica, ni la observación de los fenómenos que estudia la Sociología. El autor de las *Consideraciones inactuales* ha debido tener para vos un encanto particular, así como *El Crepúsculo de los Idolos*. No

podía dejar de ser interesante para vos el estudio que un discípulo hacía de su Maestro Schopenhauer, ni podría serlo menos el estudio que un admirador y amigo hacía de aquel asombroso Wagner de sus primeros dramas y el Wagner que a él le pareció que retrogradaba al Cristianismo con su *Tanhauser* y su *Parsifal*.

Por eso, cuando os he mirado desdeñoso de las corrientes doctrinas filosóficas o literarias, me habéis traído a la memoria el recuerdo de aquel sarcófago donde Schopenhauer y Nietzsche sepultaron la Filosofía oficial para que fuese literalmente devorada.

No me aventuro a decir hasta dónde le debéis ese otro desvío que habéis mostrado más de una vez por la erudición, que me recuerda el desprecio que no pocos marxistas manifiestan por los patrones en oposición con los obreros. Como éstos tiene tanto derecho a su salario el hombre que labora más que los mismos operarios, quienes una vez que han marcado en las tarjetas su salida pueden descansar. El patrón no marca su salida, porque los negocios no salen de su mente: él tiene que ver, que prever, que calcular, que inventar, que oír, que agasajar, que mover todo el conjunto. El patrón es el motor espiritual de la empresa. El otro, el capitalista ocioso, que a las veces sólo se ha dado el trabajo de nacer, de acumular intereses, que suele vivir en centros apartados en donde le es dable disfrutar placenteramente de su for-

tuna, ése es en realidad el ocioso enemigo de las saludables fuerzas sociales.

Pues de una manera semejante se produce la erudición. Existe la erudición parásita e idólatra que no habiendo aprendido a hablar por sí, todo lo sabe decir con palabras ajenas. Pero existe también la noble, la pródiga erudición del creador que a toda hora puede darse cuenta del punto del Universo intelectual en que se halla; porque lleva en su entendimiento la carta de marear y el mágico sextante que le señalará todas las altitudes del pensamiento original. De allí que pueda coincidir o divergir, de acuerdo con los impulsos de su poder creador.

Al hacer el elogio de vuestro predecesor en la silla que continuaréis honrando vos, llamáis la atención al hecho de que su obra se generó en un medio, si no hostil, por lo menos sordo, irresponsivo a ciertos movimientos de la cultura humanística. Es vuestro caso también. Nuestro medio parece no apreciar, por carencia de interés y de empeño, y de tradición universitaria, los esfuerzos intelectuales que se desarrollan en la zona de pensamiento en que os habéis situado las más de las veces. De allí vuestro desdén, ése que habéis asumido en más de uno de vuestros libros. Ya desdén por la erudición, ya por algunos de los hombres que os han rodeado.

En un medio universitario de más extensa educación, con la

disciplina intelectual que se exige en las Universidades a los hombres de Letras tanto como a los hombres de Ciencia, el volumen que llamasteis *La Nueva Razón*, publicado en 1932, habría presentado caracteres diferentes, haciéndolo más fuerte y más original. En otros climas intelectuales seguramente no os habrías confiado tan por entero en la obra de un solo expositor de las ideas dominantes acerca de la Filosofía Fenomenológica; os habrías sentido obligado a recurrir vos mismo a los originales o a traducciones aprobadas o recomendadas por los autores. Muy bien hubiera podido acontecer que los capítulos sobre la *Razón y la Realidad de Ideas: Introducción General a la Fenomenología Pura* de Husserl os hubiesen tentado a una discusión provechosa a vuestro asunto, porque lo que a vos os interesaba no era el especial propósito que Gurvitch tenía en vista cuando escribía su exposición. En ningún caso las Universidades os imponen métodos ni doctrinas: simplemente os obligan a adquirir una disciplina intelectual y formas adecuadas a su expresión, a fin de que las labores de uno inspiren plena confianza a los investigadores que os sigan. Bien sabéis que no hay ciencia ni hay filosofía que hayan logrado ver la maliciosa sonrisa del dios Término Final. Mientras haya hombres sobre la tierra habrá interrogaciones: Ciencia y Filosofía tratarán de responderlas hasta que logre el hombre alcan-

# Librería Antonio Lehmann

*Pida nuestras listas y folletos*

en su departamento especializado ofrece

Libros de Ciencias, Artes, Novelas,  
Religiosos y Música

zar el Silencio de la infinita Sabiduría.

Por otra parte, las Universidades de nuestro tiempo son más abiertas al influjo del pensamiento revolucionario, precisamente porque siendo numerosas, ya no es posible el monopolio de la investigación ni del saber, ni del descubrimiento. Los grandes profesores pasan de una a otra Universidad exponiendo en breves cursos la esencia de sus enseñanzas; y la erudición les sirve a maravilla, porque con su auxilio demarcan con claridad en dónde concluye lo ajeno y tiene principio lo propio. La erudición a la violeta de que en sus siete lecciones se burló Cadalso no es corriente en las buenas Universidades de nuestro tiempo; si bien es posible encontrar ejemplares aquí y allá; particularmente entre quienes se desalan por el éxito a corto plazo. No todo hombre de vasta erudición es la "rata de biblioteca" a que os referís en ese volumen primero de la *Nueva Razón*. Si bien el héroe de vuestra novela *Elvira* se desenvuelve en la biblioteca de Elvira.

Por encima de todo esto, sin embargo, preciso es que se destaque el noble pensamiento fundamental que habéis perseguido por largo tiempo: la prueba de que la razón del hombre es en la realidad mucho más de lo que Kant y los kantianos concibieron como tal.

Creo que muy temprano se presentaron en la vía de vuestro pensamiento los conceptos de razón y de intuición, si no como una antinomia, por lo menos como sucesión de ascendente categoría, algo como si la intuición fuese el instrumento de descubrimiento de la verdad y la razón el fino instrumento de la prueba. Habéis insistido sabiamente, juzgo yo, en considerar la totalidad de las capacidades del hombre como conjunto que va más allá de la razón. No que os declaraseis bergsonianos, porque eso os hubiera enclaustrado en el conflicto de elegir alguna de las cinco acepciones o concepciones de la intuición, o tal vez en todas las cinco de que hace uso Bergson en su *Evolución creadora*; porque me parece que os habéis dado cuenta muy temprano de las limitaciones de esa intuición. Diría más bien que vuestras consideraciones sobre la cuarta dimensión del astrónomo Zoellner, tan admirablemente geometrizada por

Hinton en su *Cuarta Dimensión*, os abrieron una más abarcadora perspectiva, os facilitaron la comprensión del *Tertium Organum* de Ouspensky. Es decir, os condujeron a la aceptación de la existencia en el hombre de funciones de percepción trascendente, a lo que ya estabais preparado desde que habíais aceptado la posibilidad de la existencia de *Zarathustra*, el hombre trascendente de una edad que apenas se columbra.

Vos habéis señalado en el aforismo 261 de vuestro *Conocimiento antinómico* estas cuatro gradas: "inteligencia, ingenio, talento y genio". Y en el siguiente aforismo afirmáis que el genio es "no otra cosa que la cuarta grada en la escala sin fin".

Pareciera, pues, que antes del genio, sólo existen tres gradas. Sabéis, sin embargo, que es innúmera la gradería entre el talento y el genio, lo mismo que entre la inteligencia y el talento, sin pasar siquiera por los alegres suburbios del ingenio. Sin detenernos en una discusión de las limitaciones que ponéis a la inteligencia para no ser talento, y adelantándome a vuestra objeción, responderé yo mismo diciendo que hay rasgos distintivos del genio que permiten reconocerlo. Pues bien entre el *Organum* de Aristóteles y el *Novum Organum* de Bacon la diferencia que existe es la misma que entre la Lógica deductiva y la Lógica inductiva. Una que desciende de los principios o verdades generales a los hechos: la otra que asciende de éstos o de los fenómenos y acontecimientos a los principios o verdades generales. El *Tertium Organum* ni desciende ni asciende: percibe directamente la relación coordinadora o subordinadora de los hechos, los fenómenos o los acontecimientos, sin deducción o inducción aparentes. De donde procede la potencia descubridora de la intuición. La cual descubre relaciones y también la existencia de hechos no considerados relaciones. Un *Quartum Organum* es también posible: la directa percepción de las esencias de las cosas, que traería consigo la desaparición de muchos pares de opuestos. Porque así como decimos que el hidrógeno es la esencia común del vapor de agua, del agua, de la nieve y del hielo, así podríamos referirnos directamente a la esencia constitutiva, o relación ínti-

ma, del frío y del calor, de lo dulce y de lo amargo, de lo blando y de lo duro, de lo bello y de lo feo, de lo alto y de lo bajo, sin recurrir a razonamiento alguno. Correspondería a la percepción de la quinta dimensión como el *Tertium Organum* corresponde a la percepción de la cuarta dimensión. Seguramente admitís la posibilidad, pues que habéis dicho en vuestro *Conocimiento antinómico*, aforismo 192: "Todo hombre guarda, en el fondo de su ser, cosas más hondas y más serias que su capacidad racional, por fuerte y deslumbradora que sea". Tendríamos, pues, la Lógica de la percepción intuitiva y la de la percepción de las esencias.

Acabo de mencionar vuestro libro *El Conocimiento antinómico* cuyo fundamento es, para vos, el hecho de que el "hombre es, en tanto que ser razonador, y por esencia, un ente contradictorio". Tal es el punto de partida de vuestro libro, en cuyos 349 fragmentos habéis dado cabida a conocimientos no del todo antinómicos, pero que os venían en el curso de vuestra composición y de vuestra lectura. Ahora bien, como el hombre puede razonar acerca de todas las cosas, lo puede hacer acerca de cosas contradictorias, y según el punto de vista en que se sitúe para establecer las premisas, las dos proposiciones contradictorias pueden llegar a satisfacer las exigencias de su razón. Como un ejemplo aducís la afirmación de que el "hombre es finito" y agregáis: "en cuanto entidad racional es la parte que desea conocer del todo, o, al menos, algo más grande que su finitud. Sin esa voluntad de conocimiento... dejaría de ser hombre". Esto es, en la primera proposición consideráis al hombre desde el punto de vista de su forma limitada; en la segunda os referís a su voluntad de conocimiento. Vuestro contradictorio se vuelve dualidad de naturaleza; la citadísima conocida dualidad de San Pablo, quien conociendo el bien, no lo sabe seguir. Vuestro hombre finito posee la voluntad de conocimiento de los Infinitos. O para decirlo con las palabras de Pascal: "El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña que piensa". Ya veis que se afirma una dualidad de naturaleza; de allí la aparente contradicción. Diríais que una gota de agua es una esférula di-

minuta, y sin embargo, habéis visto reflejarse en su fondo la inmensidad del cielo. No declararíais que ello es contradictorio, pues que, en un caso, os referíais al tamaño y sustancia de la gota, y en la segunda proposición pensáis en la potencia de reflexión del agua.

Pero vuestro libro está lleno de ideas que nos darían pábulo para numerosas e interesantes conversaciones que, claro está, no son de este sitio en este momento. A ratos me ha producido la impresión de que sonreíais con poca picardía al imaginar las emociones de espanto o de asombro de los lectores a quienes mentalmente os dirigíais. No son pocas las ocasiones en que me ha parecido que tuvisteis presente el medio en que vivís, a diferencia del medio para el cual escribís. Sobre todo habéis estado seguro de que la crítica os dejaría pasar cuanto dijeseis, porque no existe o no reacciona ante el pensamiento filosófico.

En realidad, la crítica filosófica es rara, no ya sólo entre nosotros, sino en América Hispánica entera. No se le ve una finalidad práctica inmediata. Que sea una cosa verdad o mentira ilusoria importa poco a las gentes, para quienes la "verdad es la especie de error sin el cual no podrían vivir" en paz consigo mismos. Si vos decís que "todo está regido, naturalmente, por leyes necesarias; por otro lado pertenece al hombre el libre arbitrio. Sin estos dos términos contradictorios e imperativos, el ser humano dejaría de serlo en su aspecto más grave: el moral," el lector usual pasa a las demás proposiciones sin hacerlos, siquiera de paso, la reflexión de que si todo está regido por leyes necesarias, el hombre como parte de ese todo también lo está; más si el hombre se considera, no como parte del todo, sino como un todo en sí, entonces es dador de sus propias leyes, dispone del libre arbitrio. En un caso es parte: en el otro es un todo. La contradicción, pues, desaparece, ya que no se afirman las dos cosas de un mismo sujeto, sino de dos: una parte y un todo.

"La unidad absoluta no existe —decís más adelante—. Pero es imprescindible referirse a ella, porque sin su concurso, la matemática, ciencia de lo concreto y de lo directo, desaparecería esencialmente". Quizás si de in-

tento os olvidasteis que la unidad absoluta es cosa metafísica. La unidad matemática es o cosa concreta, o concepto de abstracción de origen inductivo. La matemática en su aplicación concreta hace uso de la unidad convencional concreta: una oveja o un rebaño. La unidad algebraica es un concepto de origen inductivo, universalizado; no es la unidad absoluta a que alude Platón en su sétimo libro de la República.

Cuando por primera vez cayó en mis manos vuestro libro me fue grato seguir vuestro pensamiento. Es obvio que es idea dominante en él la expansión del concepto de razón. Sabéis con certidumbre que la vida espiritual del hombre se ha desbordado siempre más allá de los linderos de la razón y os dais cuenta de que solamente ensanchando ese tradicional concepto se estará más cerca de la verdad. Vuestra razón es el *nous* de los helenos, en tanto que el tradicional concepto es más bien el *logos* que se tiene en vista al tratar de la Lógica. Husserl habla de la razón de la sensibilidad y de la razón de la voluntad, lo cual nos hace pensar

más en el *nous* que en el *logos*. El *nous* abarca la total capacidad cognocitiva del hombre; el *logos* comprende su capacidad de expresión, la cual no siempre coincide con la primera.

Y como estáis bien inspirado veréis que a medida que los años pasen esa vuestra concepción de la nueva razón irá generalizándose, porque corresponde a una realidad interna del yo.

En más de varias ocasiones, recorriendo las páginas de vuestros ensayos y aforismos, he pensado que os habría sido del mayor estímulo una más íntima familiaridad con las escuelas filosóficas del Oriente, en especial con la Advaita-Vedanta, la profundidad de cuya Metafísica os habría valido corrientes de pensamiento que habéis debido seguir al trazar la compendiada historia de la Fenomenología en vuestro libro *La Nueva Razón*.

Porque las más de ellas son de procedencia oriental disimuladas bajo la terminología puesta en boga por los filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y prin-

cipios del XIX. Schopenhauer, como lo recordaréis, declaró en el prefacio de la primera edición de su *Mundo como Voluntad y como Representación*, que "en todo el mundo no hay estudio tan beneficioso ni tan elevador como el de los Upanishads. Ha sido el solaz de mi vida, será el solaz de mi muerte". Lo que es más, confesó que en los Upanishads, por deducción, podían encontrarse los pensamientos fundamentales de su obra.

Pues bien, es lo que también hallo en los pensadores alemanes de los últimos cincuenta años. Han vestido a la occidental, y por lo tanto, en parte desvirtuado, conclusiones de la Filosofía Oriental. Así Husserl como Heidegger y Keyserling.

Vuestro libro sobre la *Filosofía de la Educación* es de grata y rápida lectura. Habéis tomado en cuenta la escasa preparación filosófica de los maestros a quienes destináis esas páginas.

Y más fáciles aún las de *Elvira* y las de *Pierre Monval*. La trama de *Elvira* tiene el sabor de aque-

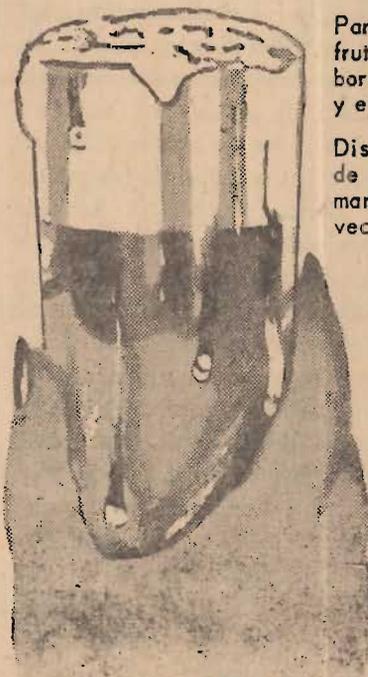
llas historias tan frecuentes en la literatura de la Edad Media: los fortuitos encuentros de seres amados que se perdieron de vista por años y que retornan y se reconocen luego, como se narran en los primeros capítulos de *Persiles y Segismunda* de aquel eximio representante del Renacimiento español o como en la *Fuerza del destino*, del Duque de Rivas. No sé por qué di en suponer que allí contáis algo que os fue muy personal. En todo caso, Alberto se os asemeja, perdón, que se asemeja al héroe de la otra novela *Pierre Monval*, en cuya intimidad habéis vivido por algún tiempo. No habéis desechado en esta novela ocasión de hacer entablar conversaciones filosóficas, ni de establecer juicios sobre pensadores de diversas épocas.

Cuando Pablo III presenció el descubrimiento del maravilloso fresco el *Juicio Final* de Buonarroti, el maestro de ceremonias del Papa, Biagio, observó que la desnudez de aquellas figuras, más que de capillas eran dignas de mancebías o tabernas. Lo resintió el artista. En represalia pintó su retrato en el *Infierno*, y



## PILSEN

# SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.-

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.-

